

Vivir con una maleta en la puerta



Kenshinkan dôjô 2014

*Dedicado a mi mujer, Lourdes,
por hacerme comprender que es posible la convivencia
entre el Viaje Interior y el Viaje Exterior.*

Hay dos personajes ilustres en el contexto del Bujutsu Medieval de Japón que los he contrapuesto en muchas ocasiones. Son dos voluntades enfrentadas. Dos existencias antagónicas. Uno de ellos comporta el prototipo de hombre de acción, aventurero, dado a la erranza, cambiante y libre. El otro, también hombre de armas, supo aunar dentro de sí mismo esta voluntad y entrega hacia Aprendizaje sin fin y la Acción noble con una posición vital vinculada a la familia, la enseñanza y la Naturaleza.

Miyamoto Mushashi puede ser un exponente principal para muchos bujutsukas y, también, un ejemplo a seguir. Encontró, quizá, la paz interior en sus últimos años, refugiándose en los templos, acotando su vida entorno a sí mismo. En su caminar, erró por todos los caminos que componían el viejo país de Cipango, luchando, denodadamente, con multitud de adversarios dispuestos a cobrarse la justa fama que él mismo atesoraba y, esto, por ser siempre un espadachín invencible.

Su antagónico fue Choisai Ienao: fundador de la Escuela de armas Tenshin Shôden Katori Shintô ryû, un Bujutsu con más de quinientos años de permanencia vigente. Choisai Sensei, guerrero de primera línea, sintió la llamada del retiro espiritual y, con ella, la concepción de un núcleo familiar estable. Escuchada aquella llamada interior, Choisai dispuso sus energías hacia la consecución de semejante sueño. Sí, Choisai Sensei tuvo una muy larga existencia, en compañía de su familia, enseñando su Arte a varias generaciones de bujutsukas. Vivió más de cien años. No obstante esto, nunca dejó de viajar en el contexto que le era factible dentro de una sociedad como aquella que le tocó vivir.

Siguiendo estos pensamientos buscaba mis propias respuestas a ese hecho tan contrapuesto que es la búsqueda incesante, por una parte, y la quietud espiritual, por otra y súbitamente, volví a pensar en un hecho singular que aconteció en mi propia vida.

Durante años me acompañó una fotografía singular. Estaba estampada en la puerta de mi casa, situada a las afueras de Badajoz. En ella se podía observar a un viajero recogiendo su maleta y cargándola en una vieja *volkswagen*. La escena daba al protagonista un carácter errante, dibujando a un ser eternamente pasajero: el viaje se le presentaba infinito.

En aquella casa, durante diez años, viví todas las circunstancias que a un hombre puedan acontecerle: alegrías desbordantes, infinitas tristezas, luz cegadora, momentos de oscuridad, amistades imperecederas, almas dándose a la fuga, calor humano y un frío melancólico a veces ilimitado. Todo, absolutamente, todo, fue mostrándose ante mí sin tapujos, aconteciendo con descaro, atrevimiento y severidad.

Y siempre estaba aquella vetusta fotografía, para recordarme que todo lo acontecido no era sino el normal transcurrir de los tiempos, esto es, la lógica del existir: nacimiento y ocaso.

Sí. Aquella imagen reflejaba uno de los hechos más significativos de nuestra propia vida: todo, absolutamente, todo, está en constante transformación; el movimiento es la razón de ser del no-movimiento; todo es en un presente, para dejar de ser en un futuro.

Yo solía decir que mi vida no tenía sentido sin una maleta en la puerta. Y esto fue cierto durante treinta años.

No obstante, nunca tuve una maleta. Siempre viajé con mochila.

Antes de ayer, con motivo de una reunión entrañable de amigos y amigas, estudiantes de Budô, compañeros y familiares, mi mujer me regaló una maleta: la primera verdadera maleta que he tenido en mi vida.

Cuando me la entregó, no pude más que volver mi pensamiento hacia aquella pretérita estampa que había acompañado mi vida

durante diez años. Trataba de descubrirme a mí mismo en el fondo de la vieja fotografía: una imagen con la que había identificado mi propia existencia.

En muchas ocasiones había pretendido desterrar de mi mente aquel estigma que suponía el movimiento constante y, esto, por considerarlo ya alejado de mí, determinando así que la búsqueda sin tregua había tocado a su fin.

Defiendo que el Viaje es, siempre, parte de Uno Mismo, pero comienzo a admitir que la Quietud, el Sosiego y el Encuentro, han de ocupar un espacio fundamental en la vida de un hombre.

Creo que en el proceso de su Aprendizaje, un hombre de Budô ha de ser, siempre, un errante. Siendo esto cierto, no lo es menos decir que ha de ser, también, un morador de ese espacio íntimo que es el Encuentro aludido: un Encuentro que ha de dirigir el Impulso hacia sus adentros; un Encuentro que ha de enfocar el tiempo hacia la consecución del Sí Mismo; un Encuentro que ha de encaminar el Aprendizaje hacia el Auto-descubrimiento.

Opino, además, que cuando se ha producido ese verdadero Encuentro, el Viaje se vuelve verdaderamente Infinito.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014